



explicación posible. Pero, ¿y el acontecimiento histórico, es decir, la batalla de Borodino? ¿Hemos de aceptar que, antes de que el ejército de Napoleón cruzase el Niemen el 24 de junio, la batalla de Borodino, librada el 7 de septiembre, ya estaba esperando para ocupar su lugar en la historia? Y si no fue así, como no podemos menos de pensar, si todo dependió de los cálculos de los Estados Mayores francés y ruso, así como del resultado de diversas escaramuzas y combates de menor importancia, entonces ¿dónde descubrió la mente de la soñante, vagando por el tiempo Dos, aquel nombre desconocido de Borodino? Si, en nuestra instintiva repugnancia ante la idea de un futuro fijo e inalterable, declaramos que a principios de junio de 1812, cuando la condesa tuvo sus tres sueños, los acontecimientos que habían de tener lugar en el mes de septiembre no existían bajo ninguna forma posible, entonces, ¿cómo pudo soñar lo que soñó? Y si aceptamos su precognición, y con ella la idea de que eso fue una experiencia en el tiempo Dos, imposible en el tiempo Uno, entonces, ¿cómo evitamos el futuro fijo, la batalla de Borodino ya en su lugar, más adelante por el camino del tiempo Uno?

En el sueño relatado en las págs. 222 y 295, un hombre atropella a un muchacho con su coche (arriba, a la izquierda). Cuando unas semanas después ocurrió el mismo accidente en realidad (derecha), el hombre pudo eludir el atropello. Al parecer, fue capaz de realizar un acto que cambió el futuro previsto.

Antes de que intente responder a estas preguntas, volvamos al sueño de aquella madre americana, respecto a la visita a aquella caleta y el niño muerto (pág. 225). Tras describir el sueño, dije que, si lo aceptábamos, también tendríamos que aceptar una de dos cosas:

Hemos de creer que, hasta el momento en que la madre deja al niño para ir a buscar el jabón, el sueño le está mostrando el futuro, pero que su regreso para encontrar al niño ahogado es una dramatización de una ansiedad maternal no insólita. Siendo el sueño, por tanto, parte futuro, parte ficción. *O bien*, hemos de creer que un futuro conteniendo a un niño muerto es cambiado, por la acción de la madre, en un futuro en el cual el niño no muere y vive para convertirse a su vez en padre. De modo que, de dos posibilidades, una se ha realizado mediante una intervención deliberada. Esto nos deja con un futuro ya existente, de forma que puede ser descubierto por una parte de la mente, y

con un futuro al que puede dar forma el ejercicio de nuestra libre voluntad. Se nos dirá que no podemos tener ambas cosas: ha de ser una u otra. Posiblemente, sí; posiblemente, no.

Acaso se recuerde que ofrecí una alternativa similar en un relato respecto a un automovilista que soñó que atropellaba a un niño, y unas semanas después tuvo que girar y frenar violentamente para no atropellar a un niño, al cual reconoció inmediatamente, al apearse del vehículo, como el niño a quien viera en sueños. Dije que ese sueño podía ser parte previsión, parte ficción, o que podía mostrar una posibilidad nunca actualizada, porque el conductor, prevenido por el sueño, pudo actuar rápidamente en el momento oportuno, cambiando el futuro visto en su sueño.

Así, pues, en ambos casos, tenemos que elegir entre un sueño que solo revela en parte el futuro y un sueño enteramente relacionado con el futuro, pero un futuro que no es fijo e inevitable, que puede ser alterado. Consideremos lo último en primer lugar. Se nos pide que aceptemos un futuro que existe bajo una u otra forma, porque puede ser experimentado en un sueño, y, no obstante acaso pueda alte-

rarse. Pensando teóricamente, nos sentimos inclinados a rechazar en seguida semejante idea del futuro. O bien el futuro es un «nada increado», o está plenamente ahí, esperando que nosotros lo experimentemos. Pero esto es solo lo que nosotros pensamos en función de la teoría del Tiempo.

En nuestro pensamiento ordinario, al margen de la teoría y muy adentro del vivir práctico, no solo no rechazamos esta idea de un futuro medio hecho, consistente en posibilidades que pueden o no actualizarse—es decir, convertirse en parte de nuestra historia física y de la historia física del mundo—, sino que la aceptamos tan francamente que da forma y colorido a nuestro pensamiento. Cuando pensamos en los próximos doce meses, no los consideramos ni como un vacío en blanco, ni como una serie inflexible de acontecimientos. Estas alternativas extremas pertenecen a la teoría, no a nuestra práctica efectiva, en la cual no vacilamos en seguir un camino entre ambas.

Es este futuro, intelectualmente enfurecedor, tan semejante a una tortilla a punto de darse vuelta, lo que retenemos en la mente cuando estamos planeando nuestras vidas y no picotean-